

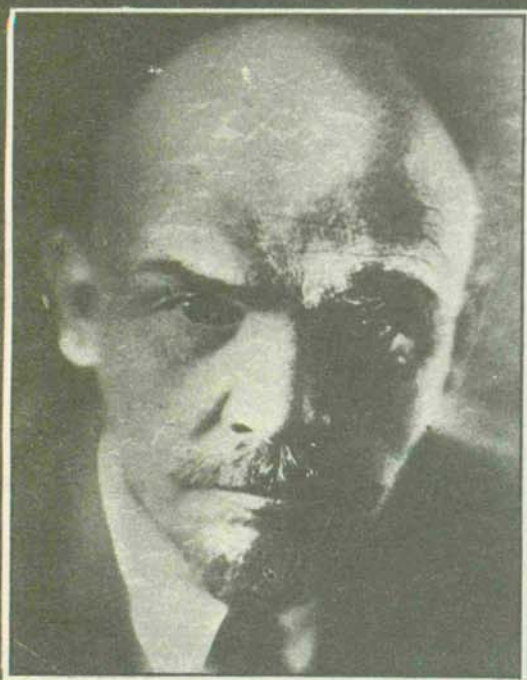


Nadja Krupskaja

## Recuerdo de Lenin

---

# El año cinco



A finales de febrero de 1894, Nadja Krupskaja y V. I. Lenin se conocieron en una reunión política en Petersburgo. Cuatro años después contraían matrimonio en Schúchenskoie, estando ambos deportados en Siberia. Desde ese momento, «la actividad política e intelectual de Krupskaja estuvo asociada y subordinada a la de su compañero», según puede leerse en el prólogo español de «Recuerdo de Lenin».

**P**UBLICADOS por primera vez en la Unión Soviética el año 1934, los recuerdos de la mujer de Lenin —Nadja Krupskaja— constituyen un excelente testimonio sobre la vida del impulsor de la Revolución rusa. Tras ser editados poco después en España, dichos recuerdos han visto ahora de nuevo la luz entre nosotros (en su primera parte) por iniciativa de Editorial Fontamara. A la que agradecemos la gentileza de permitirnos la inserción de este capítulo, en que Nadja Krupskaja narra los prolegómenos en Petersburgo del intento revolucionario de 1905.

Habíamos convenido en que un compañero vendría a Estocolmo con documentos para Vladimir Ilitch extendidos a otro nombre, lo cual le permitiría pasar la frontera e instalarse en Petersburgo. El compañero, sin embargo, no llegaba, y Vladimir Ilitch se veía obligado a esperar mientras que en Rusia los acontecimientos revolucionarios tomaban proporciones cada vez mayores. Dos semanas esperó en Estocolmo y llegó a Rusia a principios de noviembre. Yo llegué diez días después, cuando hube dejado todas las cosas en orden en Ginebra. Me seguía un espía, que subió en el mismo vapor que yo en Estocolmo y después en el tren de Jango a Helsingfors. En Finlandia la revolución estaba en su apogeo. Quería mandar un telegrama a Petersburgo, pero una finlandesa, alegre y sonriente, me dijo que no podía aceptar el despacho porque los empleados de correos y telégrafos se habían declarado en huelga. En el tren, todo el mundo hablaba en voz alta; yo entablé conversación con un activista finlandés que, no sé por qué razón, hablaba en alemán, y me describió los progresos de la revolución. «Hemos detenido a todos los policías —decía— y los hemos metido en la cárcel.» Fijé la mirada en el que me acompañaba. «Pero pueden llegar otros», dije sonriendo y mirando de un modo expresivo a mi acompañante. El finlandés comprendió de lo que se trataba. «¡Oh —exclamó—, si nota usted a alguno, dígalo y lo detendremos inmediatamente.» En aquel momento llegábamos a una pequeña estación, en la cual el tren no se paraba más que un minuto. No le vi más...

Hacia casi cuatro años que vivía en el extranjero y sentía terriblemente la nostalgia de Petersburgo: Esa ciudad estaba en ebullición, lo sabía, y la calma de la estación de Finlandia, en la que me apeé, se hallaba en una contradicción tan manifiesta con mis pensamientos sobre Petersburgo y la revolución que me pareció que me había apeado no en la capital, sino en Pargolov.

Confundida, me dirigí a uno de los cocheros y le pregunté: «¿Qué estación es ésta?» El cochero, sorprendido, dio un paso atrás, después me miró con aire burlón y, contoneándose, me respondió: «Esta no es ninguna estación, sino la ciudad de San Petersburgo».

En las escalinatas de la estación me esperaba Piotr Petróvich Rumiántsev, el cual me dijo que Vladimir Ilitch vivía en su casa. Tomamos un fiacre y nos fuimos en dirección a Peski. A Piotr Petróvich Rumiántsev lo había visto por primera vez en el entierro de Scheglunov; en aquel entonces era joven, llevaba una melena rizada, marchaba al frente de la manifestación y cantaba. En 1896 me encontré con él en Poltava; acababa de salir de la cárcel, estaba pálido y nervioso y formaba parte del centro de los socialdemócratas de la localidad.

Se distinguía por su inteligencia, gozaba de gran influencia y parecía un buen compañero. Después estuvo preso en la cárcel celular y desde ésta daba toda clase de encargos.

En 1900 le vi en Ufa, donde había llegado procedente de Samara; tenía el aspecto de un hombre cansado y un poco decepcionado.

En 1905 apareció de nuevo en el horizonte: era ya un escritor, una persona con una situación y abdomen y costumbres de «bon vivant», pero obraba de un modo inteligente y práctico. Dirigió de un modo excelente la campaña con motivo del boicot de la comisión Schidlovski, su actitud fue la de un bolchevique firme. Poco después del III Congreso fue cooptado para el Comité Central. Rumiántsev estaba bien instalado, en familia, en un buen piso, en el cual durante los primeros tiempos Ilitch vivió sin registrarse en ninguna parte. Vladimir Ilitch se sentía siempre extraordinariamente cohibido cuando vivía en domicilios ajenos, de lo cual se resentía su capacidad de trabajo. Cuando llegué se apresuró a instalarse junto conmigo, para lo cual alquilamos unas habitaciones amuebladas en el barrio de Nevski, sin registrarnos. Recuerdo que, hablando con las muchachas de servicio, éstas me contaron lo que ocurría en Petersburgo, con infinidad de detalles vivos y elocuentes. Yo, naturalmente, lo conté todo inmediatamente a Ilitch. Este se expresó en términos muy halagüeños sobre mis aptitudes de investigación y, desde entonces, me convertí en el más celoso de sus repórteres. Habitualmente, cuando vivíamos en Rusia, podía moverme mucho más libremente que Vladimir Ilitch, y hablar con un número mucho mayor de personas. Dos o tres preguntas hechas por él me permitían saber lo que le interesaba y no dejaba escapar nada. Aun ahora no he podido librarme de la costumbre de formular mentalmente cada impresión para Ilitch.

Al día siguiente di con una fuente de información muy rica. En la calle de Triskoe, donde había ido para buscar un nuevo piso, al mirar uno que estaba por alquilar entablé conversación con el portero. Este me contó muchas cosas a propósito de la aldea, del terrateniente, y me dijo que la tierra debía pasar de los señores a los campesinos.

Entretanto, decidimos vivir legalmente. María Ilitchna nos instaló en el «prospect» de los Griegos, en casa de unos conocidos. Tan pronto nos registramos una nube de espías rodeó la casa. El patrono, azorado, se pasaba las noches en blanco y se paseaba por el piso con el revólver en el bolsillo, dispuesto a recibir a la policía revólver en mano: «Dejémosle en paz. Todavía nos va a meter en un enredo», dijo Ilitch. Nos instalamos en otros domicilios, por separado, ilegalmente. A mí me dieron un pasaporte de una tal Praskovia Evgué-

nievna Oniéguina, con el cual viví durante toda mi estancia en Petersburgo. Vladimir Ilitch cambió su pasaporte varias veces.

Cuando Vladimir Ilitch llegó a Rusia, aparecía ya el diario legal «Nóvaya Jizn» (La Nueva Vida). El editor era María Fiódorovna Andréeva (esposa de Gorki), era director el poeta Minski y participaban en el periódico Gorki, Leonid Andréiev, Chirikov, Balmont, Teffi y otros. Entre los colaboradores bolcheviques estaban Bogdánov, Rumiánstsev, Lunatcharski, Rojkov, Goldenberg, Orlovski, Bazárov, Kámenev y otros. El secretario de «Volná» (La Ola) y de todos los periódicos bolcheviques subsiguientes de aquella época era Dimitri Ilitch Léchenko, el cual estaba además encargado de la crónica, era corresponsal encargado de suministrar informaciones de las sesiones de la Duma, compaginador, etc., etc. El primer artículo de Vladimir Ilitch apareció el 10 de noviembre. Dicho artículo empieza con las siguientes palabras: «Las condiciones de actuación de nuestro partido se han modificado radicalmente. Ha sido conquistada la libertad de reunión, de asociación, de prensa», e Ilitch se apresura a aprovecharse de estas nuevas condiciones de actuación para trazar inmediatamente y de un modo audaz las líneas fundamentales del «nuevo curso». El aparato conspirativo del partido debe ser conservado. Es indiscutiblemente necesario crear al lado del aparato conspirativo nuevas organizaciones del partido (o adherentes al mismo) abiertas o semi-abiertas. Hay que hacer entrar en el partido a nuevos cuadros obreros. La clase trabajadora ha hecho mucho para convertir dicho instinto en conciencia. «En el III congreso —decía Vladimir Ilitch en una nota a dicho artículo— expresé el deseo de que en los comités del partido por cada ocho obreros hubiera dos intelectuales. ¡Cuánto ha envejecido este deseo! Ahora hay que desear que en las nuevas organizaciones por cada miembro del partido, procedente de la intelectualidad socialdemócrata, haya unos cuantos centenares de obreros». Y dirigiéndose a los militantes de los comités que temían que el partido se fundiera en la masa, decía: «¡No inventéis peligros que no existen más que en la imaginación, compañeros!» Los intelectuales socialdemócratas ahora deben ir «hacia el pueblo». «Ahora la iniciativa de los obreros se manifestará en proporciones que no podíamos ni siquiera soñar nosotros, los conspiradores y militantes de los pequeños grupos de ayer. Nuestra misión no consiste en la actualidad tanto en imaginar normas para la organización sobre nuevas bases cuanto en desenvolver una labor más vasta y más audaz».

Para organizar el partido sobre una nueva base es necesario un nuevo congreso del mismo.

Tal era el contenido del primer artículo «legal» de Vladimir Ilitch.

Había que luchar contra los métodos de trabajo de los antiguos «círculos», que iban manifestándose por todas partes.

Naturalmente, en los primeros días de mi llegada me fui al barrio de Nevski, a mis antiguas clases nocturnas dominicales de Smolensk. En ellas no se enseñaba ya «geografía» ni «ciencias naturales»; en todas las clases, atestadas de obreros y obreras, se llevaba a cabo una labor de propaganda. Los propagandistas del partido daban conferencias. Me acuerdo de una de ellas. Un joven propagandista explicaba, a base del trabajo de Engels, «el desarrollo del socialismo desde la utopía a la ciencia». Los obreros escuchaban inmóviles, esforzándose en asimilar las ideas expuestas por el orador. Nadie hizo preguntas relacionadas con la conferencia. En el piso de abajo nuestras muchachas organizan un club para los obreros, colocando en su sitio los vasos traídos de la ciudad.

Cuando conté a Vladimir Ilitch mis impresiones de lo que había visto, no me contestó nada y se quedó pensativo. Ilitch quería otra cosa: la actividad de los obreros mismos. No es que dicha actividad no existiera, lo que ocurría es que no se manifestaba en las asambleas del partido. No había un contacto directo entre la labor que realizaba el partido y la actividad de los trabajadores.

Durante esos años los obreros habían hecho progresos colosales. Cuando me encontraba con mis ex alumnos de la escuela dominical tenía la sensación de ello. Una vez, en la calle, oí que me llamaban: era un panadero, el «socialista Bakin», ex alumno mío, quien diez años atrás había sido deportado por etapas a su pueblo natal por haber dicho cándidamente en una conversación con el administrador de la fábrica Maxwell que con el paso de dos a tres telares la «intensidad del trabajo» aumentaba. Ahora era un socialdemócrata completamente consciente, y durante buen rato departimos sobre la revolución que se estaba desarrollando, sobre la organización de las masas, sobre la huelga de los panaderos.

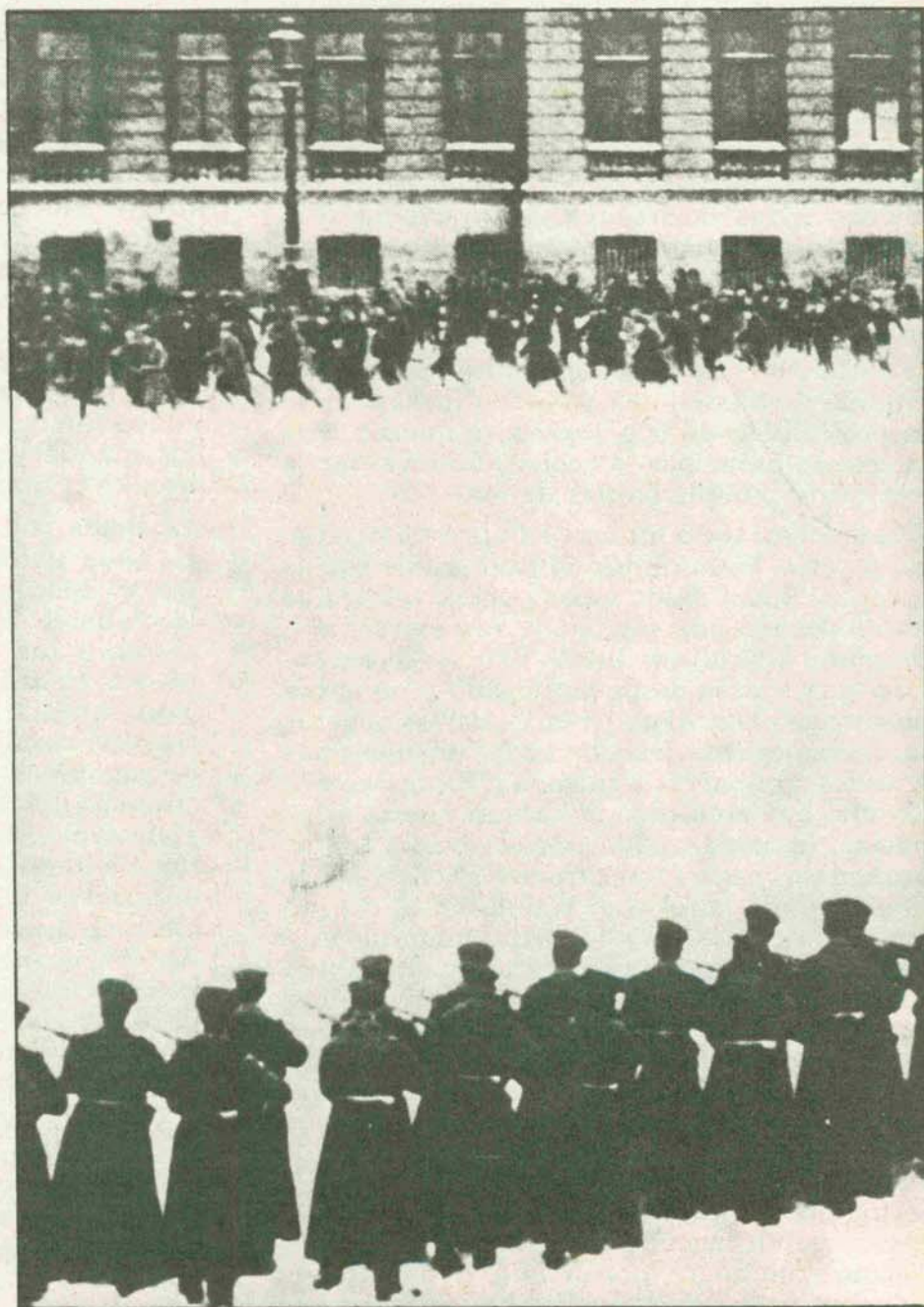
El primer artículo de Ilitch a propósito del congreso del Partido y del aparato conspirativo de este último, convirtió a «Nóvaya Jizn» en órgano declarado del partido. Ni que decir tiene que la continuación en el mismo de los Minski, Balmont y otros dejaba de tener todo sentido y, por esto, el periódico pasó enteramente a las manos de los bolcheviques, se convirtió en un órgano del partido incluso desde el punto de vista de organización, pues funcionó bajo el control y la dirección de aquél. El siguiente artículo de Ilitch en «Nóvaya Jizn» estaba dedicado a la cuestión fundamental de la revolución rusa, las relaciones

entre el proletariado y los campesinos. No sólo los mencheviques tenían una concepción errónea de estas relaciones, sino que entre los bolcheviques mismos había algunos compañeros que tendían a no ver el problema más que desde el punto de vista de la reintegración de las «parcelas» de tierra. Esta reivindicación, de punto de partida de la agitación se convertía para ellos en un fin en sí en un momento en que la vida hacía posible y necesaria la agitación y la lucha sobre una base completamente distinta.

El artículo «El proletariado y los campesinos» era de orientación y daba una consigna clara al partido: el proletariado de Rusia lucha junto con los campesinos por la tierra y la libertad; junto con el proletariado internacional y los obreros agrícolas lucha por el socialismo.

Este punto de vista fue defendido por los representantes de los bolcheviques en el Soviet de diputados obreros. Este había surgido, como órgano del proletariado en lucha, cuando Vladimir Ilitch se hallaba todavía en el extranjero, el 13 de octubre. No me acuerdo del discurso de Vladimir Ilitch en el Soviet de diputados obreros (1). Recuerdo una asamblea en la «Sociedad Económica Libre», en la cual se habían reunido muchos compañeros del partido en espera del discurso de Vladimir Ilitch. Este habló sobre la cuestión agraria.

(1) Lenin habló en la 17.<sup>a</sup> sesión del Soviet de diputados obreros (26 de noviembre), a propósito del lock-out declarado por los capitalistas como respuesta a la introducción por los obreros de la jornada de ocho horas en las fábricas. La propuesta de Ilitch fue adoptada el día siguiente en la reunión celebrada por el comité ejecutivo del Soviet. (N. d. T.)



El 22 de enero de 1905 se produjo el llamado «Domingo Rojo», cuando un amplio grupo de obreros se dirigió al Palacio de Invierno para entregar al Zar una serie de peticiones. Tal como muestra la imagen, la represión fue brutal a cargo de fuerzas de la Policía y el Ejército que dispararon contra los manifestantes.

Fue allí que trabó conocimiento por primera vez con **Alexinski**. **Casi todo lo que se relaciona con dicha asamblea ha desaparecido de mi memoria.** Me parece recordar una puerta gris por la cual salió Vladimir Ilitch abriéndose paso entre la multitud. Hay otros compañeros que deben recordar todo esto mejor que yo, aunque no he olvidado que dicha asamblea se celebró en noviembre y que entre los asistentes estaba Vladimir Ivánovich Neviski.

Que los soviets de diputados obreros eran la organización combativa del pueblo insurreccionado, Vladimir Ilitch lo consignó inmediatamente en sus artículos de noviembre. Fue entonces que lanzó la idea de que el gobierno revolucionario provisional podía surgir sólo en el fuego de la lucha revolucionaria y de que, de otra parte, el partido socialdemócrata había de hacer todos los posibles para asegurarse su influencia en los soviets de diputados obreros.

Por razones conspirativas, Ilitch y yo vivíamos separadamente. Ilitch trabajaba durante todo el día en la Redacción, la cual se reunía no sólo en «Nóvaya Jizn», sino también en un domicilio clandestino o en el de Dimitri Ilitch Léchenko, en la Glasóvskaya, pero ir a dicho sitio era poco conveniente desde el punto de vista conspirativo. Donde nos veíamos con más frecuencia era en la Redacción de «Nóvaya Jizn». Pero allí estaba siempre ocupado. Sólo cuando se instaló con un pasaporte muy bueno en el chaflán de Basséinaya y Nadéjinskaya tuve la posibilidad de ir a verle a domicilio. Era necesario pasar por la cocina, no levantar la voz, pero se podía hablar de todo.

Desde allí se fue a Moscú. Tan pronto regresó fui a verle. Me asombró el número de espías que acechaban desde todas partes. «¿Por qué ha empezado una vigilancia tan estrecha?», pregunté a Vladimir Ilitch. Este no había salido aún de casa desde su llegada y no había observado nada. Al poner en orden las maletas inesperadamente descubrí en las mismas unas grandes antiparras azules. «¿Qué es esto?» Resultó que en Moscú le habían puesto antiparras, le habían dado una de esas maletas finlandesas azules tan características y le habían sentado en el tren rápido en el último momento. Todos los policías, tomándolo evidentemente por un expropiador, se habían puesto a seguirle. Era necesario marcharse sin pérdida de tiempo. Salimos cogidos del brazo y, haciéndonos los indiferentes, tomamos una dirección contraria a la que nos convenía, cambiamos tres veces de fiacre, atravesamos las puertas de varios patios y llegamos finalmente a casa de Rumiántsev sin ser seguidos por nadie. Dormimos, si no ando equivocada, en casa de Vitmerman, un antiguo amigo mío. Pasamos, en fiacre, por delante de la casa en que vivía antes Vladimir Ilitch. Los espías se-

guían en su puesto. Ilitch no volvió más a ese piso. Dos semanas después mandamos a una muchacha a recoger las cosas y a pagar la cuenta a la patrona.

En aquel entonces yo era secretaria del Comité Central. El otro secretario era Mijail Serguéievich Vainstein. Mi auxiliar era Vera Rudólfovna Menjinskaya. Tal era el secretariado. Mijail Serguéievich se ocupaba sobre todo de la organización militar, estaba siempre ocupado por la ejecución de las disposiciones de Nikitin (L. B. Krassin). Yo me encargaba especialmente de las cuestiones relacionadas con los domicilios conspirativos, el contacto con los comités, con los militantes. Ahora es difícil imaginarse cuán simple era en aquel entonces la técnica del secretariado. Me acuerdo de que no participábamos en las reuniones del Comité Central, de que no se llevaban actas, pues éstas se hallaban, en realidad, en las cajas de cerillas, en las tapas de los libros y otros «archivos» destinados a guardar los documentos y direcciones cifrados. Confiábamos sobre todo en la memoria. Venía a vernos una infinidad de gente, a la cual suministrábamos todo lo que era necesario: literatura, pasaportes, instrucciones, consejos. Ahora es difícil imaginarse cómo podíamos salir del paso y cómo podíamos obrar sin ser controlados por nadie, haciendo lo que se nos antojaba. Habitualmente, cuando me encontraba con Ilitch, le informaba de todo. Los compañeros que se ocupaban de los asuntos de más importancia, los mandábamos directamente a los miembros del Comité Central.

La lucha con el gobierno se acercaba. Ilitch escribía abiertamente en la «Nóvaya Jizn» que el ejército no podía permanecer neutral, hablaba del armamento general. El 26 de noviembre fue detenido Jrustaliev-Nosar. Se puso al frente del soviet de diputados obreros, Trostski. El 2 de diciembre el Soviet lanzó un manifiesto en el cual invitaba a la población a no pagar los tributos. El 3 de diciembre fueron suspendidos nueve periódicos, entre ellos la «Nóvaya Jizn» por haber publicado el manifiesto citado. Cuando el 3 me dirigí como de costumbre a la Redacción cargada de toda clase de documentos ilegales un vendedor de periódicos me detuvo en la escalera: «¡La Nóvoie Vremia!», gritaba, y, en el intervalo, me dijo a media voz: «¡En la Redacción se está efectuando un registro!». «El pueblo está con nosotros», hizo observar Vladimir Ilitch.

A principios de diciembre se celebró la conferencia de Tammerfors. ¡Qué lástima que no se hayan conservado las actas de dicha conferencia! ¡Con qué entusiasmo transcurrió! Se celebraba en el momento en que la revolución se hallaba en su apogeo, cada compañero estaba inflamado de entusiasmo, todo el mundo es-

taba presto para el combate. En los intermedios, los delegados se ejercitaban en el tiro al blanco. Un día por la noche asistimos a una gran asamblea finlandesa, celebrada a la luz de las antorchas. La solemnidad de dicha asamblea se hallaba bien en armonía con el estado de espíritu de los delegados. Es dudoso que los que participaron en dicha conferencia la hayan olvidado. Entre los delegados estaban Lozovski, Baranski, Yaroslavski y muchos otros. Si me acuerdo de estos compañeros es porque sus informes sobre la situación en las localidades de donde procedían eran particularmente interesantes.

En la conferencia de Tammerfors, en la cual participaron sólo los bolcheviques, se tomó una resolución sobre la necesidad de preparar y organizar inmediatamente la insurrección. En Moscú dicha insurrección era ya un hecho y por esto la conferencia fue muy breve. Si no me engaña la memoria, regresamos precisamente la víspera del envío del regimiento de Sémenov a Moscú. Por lo menos me ha quedado en la memoria la siguiente escena: No lejos de la iglesia de Tróitskoe pasa un soldado de Sémenov con el rostro sombrío. A su lado un obrero joven, la gorra en la mano, habla

calurosamente con el soldado, pidiéndole algo con mucha insistencia. Esos rostros eran tan expresivos que no podía ser más claro lo que el obrero pedía al soldado de Sémenov: que no disparara contra los obreros, y era claro también que el soldado de Sémenov no se mostraba de acuerdo con ello.

El Comité Central incitó al proletariado de Petersburgo a apoyar al de Moscú, pero no se pudo conseguir una acción compacta. Entró en acción, por ejemplo, un barrio relativamente gris como el de Moscú y permaneció pasivo un barrio tan avanzado como el de Nevski. Me acuerdo de lo que sufría en aquel entonces Stanislav Volski, que se dedicaba a la agitación precisamente en ese barrio. La pasividad de éste ejerció sobre dicho militante una influencia tan sensible, que se apoderó de él un pesimismo sombrío y casi acabó por dudar del revolucionarismo del proletariado. Volski no tenía en cuenta cuán fatigados estaban los obreros petersburgueses de las huelgas anteriores, cuán mal organizados y cuán mal armados estaban para la lucha decisiva con el zarismo. Y que se trataba de una lucha a muerte lo veían ya en el ejemplo de Moscú ■ N. K.



Dentro de su vida en común, Nadja Krupskaja prestó cuanta ayuda pudo a Vladimir Ilitch, ya fuera en trabajos de secretaria ya como atenta interlocutora de sus ideas teóricas y políticas. Compañeros de por vida, contemplamos aquí a la pareja en esta foto familiar realizada en 1922.